

El apóstata

o 300 palabras para cada historia

Pedro de Isla



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



NARRATIVA

El apóstata

o 300 palabras para cada historia

Pedro de Isla





El apóstata

o 300 palabras para cada historia

Pedro de Isla



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Primera edición digital, 2019 (UANL)

Isla, Pedro de

El apóstata o 300 palabras para cada historia / Pedro de Isla.

Monterrey, N.L. : Universidad Autónoma de Nuevo León, 2019.

104 páginas 21 cm. (Colección: Narrativa)

ISBN: 978-607-27-1057-3

Rogelio G. Garza Rivera

Rector

Santos Guzmán López

Secretario General

Celso José Garza Acuña

Secretario de Extensión y Cultura

Antonio Ramos Revillas

Director de Editorial Universitaria

Adrián Ruiz

Edición

Mónica Cantú Rojas

Diseño

© Universidad Autónoma de Nuevo León

© Pedro de Isla

Padre Mier 909 pte. esquina con Vallarta, Monterrey, Nuevo León, México,

C.P. 64000. Teléfono: (5281) 8329 4111 / e-mail: editorial.uanl@uanl.mx

www.editorialuniversitaria.uanl.mx

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra —incluido el diseño tipográfico y de portada—, sin el permiso escrito por el editor.

Hecho en Monterrey, Nuevo León, México



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL



*A Gabriela, Luciana, Jimena y Natalia,
en estricto orden de aparición.*





Prólogo

Rosaura Barahona

Pocos libros me desconciertan al empezar a leerlos y *El apóstata* me desconcertó: cuando vi que eran textos breves, calculé cuánto me tardaría en leerlos dos veces (lo hago cuando debo comentar el libro) y quedé tranquila. Al leer el primero descubrí mi error.

En efecto, los textos son breves (ninguno excede las 300 palabras como nos anuncia su autor), pero algunos lectores no contamos con su astucia. Cada texto tiene una referencia bíblica (por ejemplo, el número 2 tiene “Génesis 19:34”) y, aunque cada texto tiene sentido literario en sí mismo, al vincularlo con el pasaje y el versículo indicado, cambia nuestra percepción, porque es precisamente al hacer esa comparación tácita que surge la apostasía de este apóstata que hoy nos da a conocer Pedro de Isla.

En el *Diccionario de teología moral*, dirigido por Leandro Rossi y Ambrosio Valsecchi (Ediciones Paulinas), la referencia a la apostasía viene en el capítulo de la fe (p. 392) y dice: “El tratado ético de la fe cristiana presupone el conocimiento de cuanto la Palabra de Dios y la reflexión crítica sobre la misma dicen acerca de la naturaleza, las características y el dinamismo de la fe dentro de la historia de la salvación y de la existencia cristiana. Sólo después de esta premisa es posible precisar: 1) la revelación entre fe y existencia moral cristiana, 2) las llamadas de la fe y 3) los pecados contra la fe”.

Bajo los pecados contra la fe está la apostasía que se define como un vicio o corrupción: “la defección total de la fe cristiana por parte del bautizado”. No se trata,



como en la herejía, de rechazar una o varias verdades de la fe cristiana en su totalidad. Algunos hablan de la apostasía como de “una conversión al revés”, de una “de-conversión” y ahí la revelación y la tradición son muy severas, como lo señala este texto de

Pedro 2:20-21

20. Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose en ellas otra vez son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero.

21. Porque mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado.

2 Timoteo 2:2,12

2. Lo que has oído de mí ante muchos testigos, esto encarga a hombres fieles que sean idóneos para enseñar también a otros.

12. Si sufrimos, también reinaremos con él; si le negáramos, él también nos negará.

El mismo Diccionario nos señala las interpretaciones que se han dado y se dan a la apostasía y, además, plantea algo muy interesante: “el problema de la pérdida de la fe sin culpa. Al parecer –nos dice–, la pérdida de la fe entre los católicos es siempre culpable, por culpa leve o grave, por culpa directa contra la fe o contra otras virtudes”.

Algunos apóstatas a menudo justifican su posición diciendo que no los consultaron antes de bautizarlos.

Apóstata es una palabra de uso poco común fuera del ámbito de lo religioso. De hecho, muchos de nosotros la habíamos escuchado, leído e incluso buscado su significado, pero jamás la habíamos utilizado.



El apóstata no es sinónimo de hereje, aunque siendo generosos y para dar una idea de por dónde va la jugada, se puede usar ese concepto. El hereje renuncia, niega, abandona o cuestiona un dogma o un fragmento de la doctrina de la iglesia católica; el apóstata, en cambio, abjura o renuncia y se aleja por completo de la doctrina cristiana. Por las razones que sean.

No se convierte en pagano, porque el pagano nunca ha creído en tal doctrina y por lo tanto, no reniega de nada. Puede criticarla, pero como es alguien que siempre ha estado fuera de ella, cuestionar la doctrina no tiene mucho efecto ni en su espíritu ni en el de los demás, fuera de las molestias causadas entre amigos o conocidos cuando se discute algo en lo que no se coincide.

El apóstata casi siempre o, por lo menos hasta hace muy poco, lo era por su cuenta. Por las razones que sean, iba dejando de creer paulatinamente en la doctrina que lo había guiado espiritualmente hasta no sólo dejar de creer en ella, sino negarla. De ahí que muchos se conozcan como renegados.

Al pagano estar fuera de la fe no le provoca ninguna molestia: así nació, así creció y es algo natural en él. El apóstata, en cambio, lleva dentro de sí una lucha interminable. Sólo la muerte lo liberará de ella porque para negar algo se debe tener su concepto claro en nuestra mente y, en este caso, esa negación afecta lo espiritual. Es decir, si realmente no le importara, no se ocuparía del asunto. A menos que su objetivo sea aumentar el número de apóstatas, en cuyo caso, ya se trata de otra cosa.

Debido al carácter sacramental del bautismo, con o sin apostasía, los apóstatas permanecen bautizados y no pueden, en caso de arrepentimiento, ser nuevamente bautizados porque ya lo están. Como efecto del bautismo, no están considerados fuera de la Iglesia. A pesar de ellos, siempre serán miembros de la Iglesia, aunque en rebeldía.



Agradezco a Pedro que me haya puesto a indagar todo esto porque descubrí cosas muy interesantes. Por ejemplo, si antes la apostasía era una posición individual, ahora hay grupos que luchan por aumentar el número de apóstatas o renegados. Pueden consultar algunos de ellos en la red.

Por otro lado, para algunas personas es tan importante ser apóstatas que no les basta con que sea algo íntimo y trascendente: necesitan hacerlo oficial. Por eso dentro de algunas iglesias, hoy se lucha por tener un proceso interno que oficialmente reconozca a quien lo solicite como un des-afiliado a determinada doctrina. Y eso ha cambiado ciertas cosas en algunas iglesias.

La pregunta que surge en muchos de nosotros al conocer esto es si para ellos es tan importante tener su certificado de apostasía, ¿no será que el asunto les importa y afecta más de lo que reconocen?

Por último, no debemos olvidar que la apostasía, como el ateísmo, el paganismo y muchos otros ismos que siguen provocando escozor en las sociedades religiosas están considerados dentro de los Derechos Humanos.

Todo lo anterior nos lleva al libro que hoy nos ocupa: *El apóstata*, de Pedro de Isla. El libro está formado por 40 narraciones y ninguna excede las 300 palabras. Esto que suena como un mero dato no lo es. El escritor, al enfrentarse a su nuevo proyecto, debe definir muchas cosas: a quién va dirigido el texto, por qué lo escribe, qué pretende lograr con él, cómo lo elaborará... Las respuestas a esas preguntas son múltiples y ustedes pueden ver los resultados en cada libro que abren.

Hay autores que optan por retos particularmente difíciles para obligarse más a ejercer algo que no han ejercido o para dar más de lo que llevan dentro y se resiste a salir.



Por ejemplo, pienso en Óscar de la Borbolla y su libro *Las vocales malditas*, en donde escribe cinco cuentos usando el lipograma. El lipograma es una forma de escritura que en su presentación más común, pero no fácil, elimina las palabras que llevan una letra en especial, en un escrito, en este caso, una vocal. De la Borbolla complicó más la técnica y escribió cada cuento con palabras que tienen sólo una vocal específica. Los cuentos son: “La cantante de Satanás”, “El hereje rebelde”, “Mimi sin bikini”, “Los locos somos otro cosmos” y “Un gurú vudú”.

Si tratar de escribir un artículo controlando el exceso de *qués* es muy difícil, imagínese a de la Borbolla buscando palabra con una sola vocal y que, al jugar con ellas y armarlas, tenga sentido lo que dicen.

O imagínese a Pedro escribiendo textos que no excedan las 300 palabras y fluyan. Si estuvieran escritos como telegrama se podría lograr el objetivo, pero no sería literatura.

El libro es un desafío para el lector, sobre todo si como en mi caso, ese lector no está familiarizado con la Biblia. Por suerte, una querida amiga bautista me orientó y su esposo, un pastor bautista, me dio una fuente electrónica que me ayudó muchísimo a la hora de revisar los textos bíblicos de la edición Reina Valera de 1960. La tarea, nada sencilla, con eso resultó más ágil e interesante.

La parte más importante de todo esto es que, de nuevo, estamos ante un acto literario. Pedro, con sus autodesafíos y sus dificultades, logró crear un libro que manda sobre el lector y lo obliga a leerlo despacio, a reflexionar y, finalmente, a estar en acuerdo o desacuerdo con él, aunque Pedro ni se entere de eso (y tampoco le importe).

De algún modo, al imponerse un cierto número de palabras, Pedro se ve obligado a modificar su forma de



estructurar los textos y termina por entregarnos párrafos breves, directos y sin muchas explicaciones, hasta que descubrimos que esa misma manera de contar nos remite a la forma de los versículos.

La apostasía de estos textos abunda en comentarios sarcásticos, críticos y humorísticos, entre otras cosas, lo cual se agradece de buena gana.

Pedro retoma los textos bíblicos y les da un giro para darles una nueva lectura, una nueva interpretación. Por ejemplo, en “Venganza atrasada” (2 Samuel, 13) vemos a Tamar, disfrazada, matando a su propio violador y disfrutando de su venganza. Es una Tamar activa que no espera resignadamente a que Absalón limpie su honor, sino lo limpia ella sola.

O vemos a Atalía, quien reinó en su país durante 6 años, como protagonista de “Reina, nunca”, en donde leemos todos los clichés que han sido usados en contra de las mujeres por los siglos de los siglos y que hoy se muestran, literalmente, increíbles.

O leemos “Milagro” (Reyes 4:42) en donde presenciamos una hambruna que hace aflorar la mezquindad de los hombres: si Eliseo antes los había reunido para repartirles veinte panes de cebada y grano fresco en espiga para hacer harina, inexplicablemente, alcanzó para todos. Pero los profetas escondieron morrales con pan que habían guardado para ellos. Sí, esos profetas que se decían hombres buenos. Por eso el milagro no se podrá repetir: “Si los hombres santos actúan así cuando el hambre los sitia y circunda sus pensamientos, ¿qué puede esperar del resto de nosotros?”

Al finalizar la lectura, recordé otro libro muy diferente a éste. Se llama *La mujer que escribió la Biblia* y es de Moacyr Scliar, de Brasil. Cuenta la historia de la mujer más fea de Jerusalén en tiempos de Salomón y la Reina de Saba. Es



tan fea, tan fea, tan fea que alguien se apiada de ella y le enseña a leer y a escribir, lo que no se usaba en esa época para las mujeres. Ahí empieza la diversión.

Los libros nada tienen que ver entre sí, excepto que ambos reinterpretan los textos bíblicos de acuerdo al tiempo, a la ideología, a la nueva geopolítica y a las inquietudes de su autor, aquél en el siglo 20 y éste en el 21.

Agradecemos a Pedro de Isla su reverente irreverencia, su talento, su oficio y sus deseos de enseñarnos a ver las cosas desde otra perspectiva distinta a la que muchas veces, por comodidad, aceptamos de buena gana.

Gracias, Pedro.

Monterrey, N.L., a 19 de agosto de 2012





Paraíso

Génesis 1-3

Revivir el árbol llevará tiempo, más cuando lo destrozó la ira divina.

Durante años he abonado su pequeña raíz con rabia y pedazos de estiércol, protegiéndola de lombrices y cochinillas hasta encontrar cómo trasplantarla a un lugar seguro.

Es mucho trabajo pero me he vuelto paciente.

Desde pequeño, la soledad sigue rodeando mis pasos. Entonces Yahvé, mi Dios, me tranquilizaba señalando con su flamígero dedo el sereno horizonte. Él deseaba verme disfrutar de la belleza y paz del sitio. Estás en el paraíso, repetía cada vez que yo bajaba la vista y me escondía entre las moras y las higueras.

El lugar era bello, pero sin otro con quien compartirlo poco importaba.

Aunque preguntaba insistentemente y casi siempre respondía mis preguntas, sólo una ocasión habló de cuando envió lejos a mi madre. Intentó justificar mi presencia y la falta de ella: aquí naciste, tienes derecho a disfrutarlo, los hijos no deben pagar por los errores de sus padres.



Ellos se equivocaron y los expulsó sin miramientos. Juró que nadie volvería a burlarse de sus órdenes. Esa tarde fulminó el manzano que desde hace milenios intento revivir.

Poco a poco me contó más sobre su destino: tuvieron más hijos, tres, también hijas, los enterraron, sus nietos poblaron el lugar, pasaron los primeros mil años peleando y luego otros mil. Con el tiempo olvidaron que alguna vez existí.

Cuando esta raíz retoñe y se vuelva árbol prohibido, morderé su fruto y lo mostraré furioso, esperando que Yahvé, mi Dios, se encolerice de nuevo y cumpla conmigo la maldición que antes cayó sobre mis padres.

Entonces también seré un simple mortal: Belmá, el verdadero primogénito de Adán, hermano mayor de Caín, a quien abandonaron a merced de un Dios que contempla su obra e interviene ocasionalmente.

Así abandonaré finalmente este maldito Paraíso.



Secretos familiares

Génesis 19:34

Lo dejé en una cueva cercana.

Pálido, recordaba a su gente mientras miraba el humo que, después de seis meses, seguía saliendo de su derruida ciudad. Nadie lo consolaba, excepto yo.

Fornicábamos de noche y a escondidas como antes lo hacíamos en la ciudad por las tardes y con tanta libertad. Mientras Lot salía temprano de casa para regresar antes del atardecer, nosotros nos encontrábamos justo tras ella, en un patio techado acompañados por otras parejas.

Era un riesgo excitante. Así descubrí las razones que atraían a la gente a Sodoma.

Tuvimos que huir de la ciudad, intuyo que por deudas de mi padre porque nos visitaron dos extranjeros y esa noche varios hombres trataron de forzar la puerta. Mi padre habló con Asir, para que nos siguiera. Él se negó pero yo lo convencí esa misma tarde. Apenas pudo escapar con los pies maltrechos.

Tras nuestra salida y la muerte de mamá sólo me preocupaba que mi padre descubriera la cueva.

Cada noche le daba vino a Lot y visitaba a Asir a pesar de los reproches de mi hermana menor. Con los pies desfigurados por el fuego, el pobre no podía moverse.



Yo no me fijaba en eso, otras cosas de él me atraían cada noche.

Con el tiempo convenimos que iría acompañada de mi hermana porque ya tenía edad y ningún hombre a la distancia.

Al poco tiempo Asir nos recibía juntas. Era peligroso dejar a mi padre solo, a su edad, para compartir su lecho, pero no nos importaba.

Cuando no pudimos esconder el secreto tras los vestidos abultados inventamos que papá era responsable de nuestro estado por culpa del vino.

También dejamos de ir a la cueva.

Supongo que Asir murió de hambre pero nunca le contaremos a Lot, bastantes remordimientos carga ya.



Nadie lo engaña

Génesis 22:1-24

Desde que comenzó el descenso de la montaña habla entre dientes, se disculpa, me toma del hombro, asegura que era una orden divina, pero no llora, acaso gime un poco.

Abrumado, el pobre apenas si cuida sus pasos por este camino lleno de piedras sueltas y engañosas curvas. Sólo se preocupa por cuidar un vestido antes hermoso y ahora vuelto jirones. Yo lo acompaño, callado.

Un esclavo vive cuando obedece.

Conocí a su padre. Tenía muchas visiones y basaba todo en ellas. Sea cierto o falso que Yahvé le hablaba, siempre fue mejor no dudarlo, esos no son pensamientos para un esclavo.

Al pequeño nieto le pasaba lo mismo: dormido, no dejaba de murmurar como cuando te enfermas y deliras. Intenté descifrar sus palabras pero era imposible porque apenas si estaba aprendiendo a hablar. Cuando abría los ojos parecía que nada hubiese ocurrido.

Hace tres días los dos soñaron y gritaban dormidos, con una terrorífica voz que no les conocía. Desde entonces el padre suda día y noche y no cierra los ojos.



Desde entonces el pequeño veía a su padre con temor y le preguntaba si lo llevaría a la montaña. Él nunca respondió, simplemente suda.

Temprano, comenzamos a caminar a la cumbre, con el pequeño amarrado con su propia túnica: un esclavo vive cuando obedece.

Cuando sacó el cuchillo apenas si dudó antes de usarlo una, dos, tres veces. La sangre salió a borbotones del pecho. El pequeño lo miró fijamente sin un lamento.

Creo que entonces entendió el horror de su treta: debía cumplir el encargo y sacrificar al amado, a Ismael. A Yahvé nunca se le engaña.

Ahora buscará desesperado a Agar y al niño para cumplir la orden. Entre murmullos entiendo que así espera recuperar al sacrificado.

Y salvar al amado Ismael.



Buenos negocios

Génesis 27-28

El agua atrae a los animales grandes.

Eso no es ninguna novedad, el secreto está en hacer que se alejen de ella y para eso, el órgazo es ideal, según le explicaron a Rebeca en un pequeño mercado donde abundan los magos y hechiceros.

No huele, tampoco mata, apenas es un polvo marrón que se confunde con la arena, pero los finos olfatos de los animales del desierto primero se mueren antes de acercársele.

Un puñado por aquí, otro por allá y toda la caza mayor desaparece de la zona por varios días.

Tiene otras ventajas, como alejarlos de mis sembradíos. Lo mejor es que dura poco y el terreno se recupera con el tiempo.

El problema viene porque debo recorrer todos los campos cercanos y reponer el órgazo cada veinte días para mantener su efecto.

Mi hermano mayor lleva semanas buscando caza en las tierras tradicionales y el hambre lo ha obligado a tomar decisiones difíciles.

Ya hice los primeros negocios con él.



Comenzó por entregarme algunas vasijas y odres donde carga sus alimentos, eso limita la distancia que puede recorrer para la caza y reduce sus posibilidades de encontrar sustento.

Luego hicimos otro trueque y obtuve las pieles sobre las que duerme. Así, el frío de la noche lo obliga a permanecer cerca de casa.

Lo último fueron las sandalias que le regaló mi padre. No las necesito, pero me sirvieron para ver hasta dónde puedo llegar y hasta dónde él está desesperado.

El hambre es mal consejero.

Ahora falta un último negocio, su primogenitura, que para la bendición ya me arreglé con Rebeca: tendrá la mitad de los bienes cuando muera mi padre, de lo contrario, según la ley, quedaría a merced de mi generosidad.

Conocer los recovecos de las leyes divinas tiene sus ventajas.



Postrado

Génesis 50:15

El piso está siempre frío y el lugar oscuro. Apenas si escucho sus voces afuera. Están regateando por mí, como lo hicieron la primera vez junto a una seca noria hace más de sesenta años.

El dolor de mi espalda se mantiene incólume, avanza como un viejo escarabajo, a veces enterrado en la arena escondiendo sus movimientos, a veces dejando marcas tenues que guiarán a la serpiente hasta encontrarme.

Mis hermanos se volvieron esos escarabajos, todos más viejos que yo. La serpiente, mi serpiente, es la muerte.

A ratos alguno de los escarabajos entra, permanece junto a la puerta, se recuesta en un cómodo sillín que hace años usé con suntuosidad y sale a dar instrucciones que nunca di.

Desde el sepelio de mi viejo es así, intuyeron las represalias que caerían sobre ellos, buscaron evitarlas y a partir de ese día estoy postrado en esta tienda esperando la visita de la serpiente.

En realidad sí planeaba vengarme. Tras la muerte de nuestro padre ansié regresar a estas tierras para hacerlos pagar, aunque fuese tarde, todos mis sufrimientos como esclavo y preso, pero ellos desconfiaron de mis palabras.



De alguna forma intuyeron la verdad, se me adelantaron y su veneno me postró en este lecho hace casi veinte años.

Benjamín, quien pudo deshacer sus planes, es demasiado cobarde, como Efraín o Manasés. Rubén, en cambio, siempre tuvo un alma vieja y no podía esperar ningún gesto de autoridad de su boca o sus manos.

Faraón lo desconoce, pero mis hermanos hacen negocios usurpando mi palabra y sus órdenes.

Su codicia es tanta que, cuando yo falte, los egipcios nos esclavizarán en estas tierras, a donde llegué a cambio de veinte piezas de plata.

Eso lo soñé, como tantas otras cosas que al final sucedieron, aunque no se los diré jamás.



Archívese

Éxodo 2

Las vasijas con tablillas comban los varales de acacia que le compramos a Jetró hará poco más de dos años.

Desde entonces apenas si hemos avanzado un par de valles en el camino que nos indica de día una nube y de noche una columna de fuego.

Cada vez resulta más completo desmontar las tiendas, acarrear a los animales, mover los establos, acondicionar los templos, definir las tierras temporales de pastoreo y distribuir el agua.

En todos los traslados hay problemas y el temor de crear más detiene el avance tras incontables discusiones por nimiedades.

Como depositarios del orden y la justicia, nos ocupamos de todos los casos. Esto obliga a crear escalafones.

A los jueces de diez, cien y mil, sumamos a los especializados en casos de sangre, dinero, temor a Yahvé, ganado, juventud y amor.

Ahora los jueces de diez dan una orden y los de cien la revisan. Los de cien la aprueban y los de mil la ratifican, desechan o piden a los de diez que vuelvan a empezar el proceso.



Para entonces, los de diez ya olvidaron el tema, los involucrados murieron, se marcharon o no quieren discutir un caso que ha perdido importancia.

Pero como jueces buscamos cumplir con un mandato y rehusamos olvidarlos; para eso existen recordadores, seguidores de delitos y delincuentes, mazmorras y celadores, centinelas, constructores y autoridades de obra, cadeneros, cerrajeros y reparadores de cadenas y cerrojos muy útiles durante los traslados de esta larga marcha.

Sin embargo, no hay medida más útil para un juez que los nuevos escribas: apuntan cada palabra en tablillas agrupadas en vasijas que comban los varales de acacia.

Todo permanece estrictamente documentado, protegido, clasificado y así permanecerá por los siguientes mil años o más. Para nosotros, llegar a la tierra prometida no es tan importante.



Estrategia

Josué 6

La avanzada hizo una labor perfecta y debemos de reconocérsela: revisión y entendimiento del terreno, mimetizarse con la población, detección de puntos débiles, bloqueo de rutas de escape, instalación de sistemas de comunicación simples y seguros, difusión de rumores apropiados al efecto, acopio de armas en sitios distribuidos por la ciudad y detección de almacenes con materiales inflamables. Lo hizo tal y como se describe en cualquier manual militar.

Después vino la operación de distracción.

Aprovecharon la fiesta anual del fin de la cosecha de granos para promover una forma alternativa al tradicional festejo: era más propio de una fiesta desfilar por las calles y los campos cercanos acompañados de bailarines, tambores y trompetas.

Siete días consecutivos de jolgorio con los que mostrarían su opulencia y generosidad regalando una pequeña parte de los alimentos recolectados a quienes apenas si sobrevivían en su miseria.

Al principio, como era lógico, pocos se acercaron al evento, temerosos de alejarse de sus tradiciones. Era una reacción prevista en un manual de estrategia medianamente bueno.



Cada día, sin embargo, aumentaba el interés, principalmente entre los menos afortunados, quienes veían la oportunidad de alegrar un poco sus vidas y conseguir algunos alimentos gratis.

Quienes aún no acudían, al menos observaban el paseo desde las ventanas de sus casas o aglomerados en los pasillos sobre las murallas de la ciudad.

También llegaron muchos viajeros que parecían los más entusiasmados. Nadie notó su anormal y continuo arribo.

Para el séptimo día, media ciudad formaba parte del espectáculo más grande ocurrido en Jericó. También aparecieron grandes cantidades de licor.

Cuando las trompetas cambiaron su marcha festiva, los estandartes se convirtieron en lanzas, los viajeros en soldados armados y las catapultas destrozaron el viento.

Fueron dos años de estrategia. Empezamos mucho antes de que nuestro pueblo llegara al Jordán.



Robo

Josué 7:11

El rumor corre por el campamento y toma fuerza: hubo un robo mientras llevaban el botín de Jericó a la tienda donde debía emplearse para la mayor gloria de Yahvé.

Josué está colérico.

Cierto o falso, el rumor se dispersa como el rocío y puede volverse una corriente de agua que arrase la moral de su ejército. Ayer se perdió una batalla y sabe que el creciente rumor puede afectar a la tropa en el siguiente ataque cananeo.

El rumor habla de muchas piezas de bronce, oro, plata y bellísimos mantos.

Josué reúne al pueblo y distribuye emisarios con la consigna de interrogar a todo hombre nervioso. Quien no les sostenga la mirada, comparecerá ante él.

Doscientos hombres se presentan. Algunos, turbados, y conociendo el castigo, imploran justicia y acusan a otros, sobre todo ausentes.

El asunto se complica.

Josué manda callar sus lamentos y asegura que sólo uno es culpable, sólo uno ha tomado parte del hurto.



Las voces callan y siguen sus palabras como la oveja, asustada ante la proximidad de una tormenta, sigue la voz de su pastor sin dudarle.

Sólo uno es culpable, sólo uno pagará su osadía, repite Josué. Entonces les ordena a los doscientos hombres que tomen una piedra grande y pesada con su mano para dirigirla contra el culpable.

Así lo hacen y se preparan para lanzarla contra el ladrón.

Josué escoge a Acán, hijo de Carmi, hijo de Zabdi, hijo de Zera, de la tribu de Judá.

Doscientas piedras lo golpean de inmediato, incluida la de Josué. Bajo su tienda encuentran escondidas monedas y piezas de bronce.

Dos días después vencen a los cananeos.

Tras la batalla y durante sesenta días, todas las mañanas aparecen nuevas piezas junto a la tienda del botín. Serán para la mayor gloria de Yahvé.



Holocausto

Jueces 11:30-39

He llorado durante semanas, lo he hecho en silencio, a gritos, rodeada por mis compañeras, con arcadas, sin lágrimas, en soledad, con suspiros, sed y rabia, jamás maldiciendo mi suerte.

He llorado tanto.

Intento hacer más llevaderos los días, quiero mantenerme despierta porque así siento el paso del tiempo avanzando despacio, pero los pensamientos se anegan en mi corazón; son tan distintos y, sin embargo, siempre tienen el mismo final irrevocable.

Cuando finalmente el cansancio me vence y tengo que dormir, el tiempo se vuelve una flor que exhala su último aroma antes de secarse, flota entre cuervos azul oscuro y los sueños que lo acompañan se vuelven inmisericordes, invaden mis certezas y la boca de mi padre.

Me sueño en casa, esperando a mi padre, sé que no debo salir a su encuentro pero lo hago. Sé lo que va a pasar y, sin embargo, no puedo hacer nada por evitarlo.

Cada sueño es igual al anterior. Siempre.

Me turba verme como si no fuera yo sino otra que me observa corriendo delante de mi casa con el pandero y los pies al aire. Yo tan contenta de su hazaña y él ofreciendo



un holocausto sin pensar en las consecuencias. Entonces veo a mi padre agitado desgarrar sus vestiduras y lanzar un grito que me despierta.

¿Acaso valgo un juramento?, ¿desde cuándo una mujer es tan importante?

Hemos sido una buena pieza de intercambio y pago entre tantos pueblos que se matan, luego se reconcilian y finalmente comercian con sus hijas y las hijas de sus hijas.

¿Es posible creer que ahora mi holocausto es capaz de salvar de la aniquilación a la casa de Jefte y a los hombres y ganados de Galaad?

No imagino huir al destino, simplemente lloro mis desgracias: morir y sin conocer varón.



Ingenuo

Jueces 13-16

Nada la convencía.

Ni las cuerdas de arco tensadas, ni los hilos de lino, ni la cabellera impoluta.

Nada.

Ella creía vivir engañada, pero en realidad nunca tuve una respuesta dulce a sus oídos porque la desconozco. Sólo entiendo que nací fuerte, muy fuerte y que así he de morir.

Además, ella era quien realmente me estaba engañando, como lo hizo mi esposa, a la que repudié por traicionarme desde nuestra fiesta de bodas.

Su falsedad me costó treinta mudas, matar a otros tantos hombres insolentes y una enorme fama de ingenuo, mayor incluso a la de mi fuerza.

Ahora con esta prostituta pasaba lo mismo, primero me preguntaba con dulzura y coquetería sobre lo que ella creía era mi secreto, pero al final me exigía una respuesta que derritiera el bronce alrededor de su corazón, donde moraban sus dudas sobre mi honestidad.

Con fama de simple, decidí ver hasta dónde era posible llegar con tal farsa.



Tras la última explicación encontré por la mañana mis cabellos en el suelo junto al lecho. No fue difícil fingir la falta de fuerza que tanto anhelaba ella provocar.

Y, sin embargo, yo desconocía un detalle: los filisteos estaban al tanto de su obsesión por mi secreto.

Salieron de junto a mi recámara y por su ataque frontal perdí el ojo derecho al primer golpe, de otros dos la mitad de una oreja y con una daga terminaron por cegarme.

Después de tantos engaños, resulté más ingenuo que fuerte.

A tientas y escuchando sus burlas, acabé con los que rodeaban mi lecho. A cada uno le arranqué en vida un miembro y lo puse sobre la piedra del holocausto.

El cuerpo de Dalila quedó encima, abierta desde el vientre hasta el cuello, exponiendo su insidia al fuego, para mayor gloria de Yahvé.



Eczema

1a Samuel 1:2

Lo peor es el sarpullido.

Cada mañana debo cambiar las túnicas que portan Elí y sus hijos. Es la única parte de mi trabajo en el Templo que no tolero. Tomo el fino lino con cuidado por temor a las llagas que me provoca su contacto. Lo mejor es usar una pieza de otra tela para cubrir con ella mis brazos y entonces poner sobre ella sus vestiduras.

Las ropas de Elí están siempre limpias, excepto por las pequeñas marcas ocre que deja su espalda cuando se recarga en la entrada del Templo.

Nunca se sienta. Está atento a lo que sucede y se acerca presto a ofrecer su auxilio cuando hay dudas sobre la forma de proceder con las ofrendas.

Las telas de sus hijos, en cambio, cargan las huellas de largos tenedores que limpian ostensiblemente con las esquinas del efod y manchas de grasa sin quemar que se adhieren durante sus constantes ofensas al holocausto.

Llegué aquí antes que mis recuerdos, junto con tres becerros, un efa de harina, y una vasija de vino.

Desde entonces vivo en y para el Templo, con un trabajo ligero pero poco placentero. Siempre encuentro gente ensuciando los pasillos, escucho oraciones interminables



y limpio grasa escurriendo del altar mientras respiro el humo.

Esto se convirtió en una obligación, luego en una molestia y finalmente en una fétida monserga.

Sigo ligado a un lugar del que nadie me pidió opinión. Ya pasaron los tiempos cuando pude jugar con otros niños, ver desde la casa familiar cómo mis padres envejecían juntos, caminar de la mano de una mujer y conocer los pueblos cercanos.

Aquí pasa todo menos yo.

Es tiempo de tomar control del Templo, mi insulso hogar. Eliminemos primero a los hijos, luego a Elí.

Quizá entonces se vaya este sarpullido.



Morir por la fama

2a Samuel

Mira, hija, desde joven tu padre era muy hablador. Presumía de ser el más fuerte, el más valiente y el más grande.

Es cierto que era enorme y fuerte, pero nada más. Ponía cara de malo y conseguía lo que deseaba, ya fueran mujeres, vino o ambas cosas. Sólo el dinero se resistía a sus encantos.

Así lo conocí y así lo seguí para siempre. Suponía que a su lado tendría un buen futuro, pero luego entendí que muchas veces lo que ves no es lo que es.

En casa era un encanto, hasta sumiso. Hacía cosas que pocos hombres consideran dignas, como limpiar la paja del lecho. Estoy segura de que esa forma de ser nunca la hubiera aceptado en público por cuidar su fama.

Apenas lo mataron y comenzaron los rumores y comentarios. Primero trataban de encontrar una justificación a lo sucedido: que si fue suerte, que si lo engañaron, que le dieron una bebida para adormecerlo, que si hubo algún otro involucrado en la pelea porque era tan desigual que el resultado era claro. A mí me trataban con cierta condescendencia, como con burla.

Era difícil pero lo soportaba.



Lo malo es que al paso del tiempo dejaron de hablar bien de él. Hasta de traidor lo acusaron. Ya nada valían aquellos triunfos cuando se paraba en una colina para retar al enemigo y ganaban sin combatir.

Todo se redujo a una pelea contra un hombre joven que nunca dio batalla sino que se defendió como las mujeres: desde lejos y a pedradas.

Ahora usarás tus armas contra él. Es tan mujeriego como tu padre Goliat y sabrás agenciártelo. Además, no tiene escrúpulos para lograr lo que quiere.

Acércate a él y sedúcelo con inteligencia.

Del escarnio que venga después me encargo yo.



Expiación

1a Samuel 15:33

Esto se trata de que sufra.

Se trata de que sufra.

Trata de que sufra.

Que sufra.

Sufra.

Que sufra mucho.

Más de lo imaginable.

Que tiemble.

Que tiemble y pida.

Que tiemble, pida e implore.

Que se hincle ante mí y se humille ante mi Dios.

Que llore.

Que grite.

Y vuelva a sufrir.



Córtale primero la mano derecha de un sólo tajo, esa con la que tantas veces empuñó la espada que antes fue de su padre y antes de su abuelo.

Después cercena el brazo izquierdo con el que tomaba la copa durante los banquetes en su palacio.

Hazlo de varios golpes cortos para que sienta cómo va perdiendo poco a poco su fuerza.

Sigue con la nariz por donde aspiraba el olor de la sangre de sus enemigos tras cada batalla.

Déjalo que vea las partes de su cuerpo en el suelo, que sienta cómo se vuelven carne inútil, alimento de cuervos.

Trae un cerdo y permítele ver cómo las desgarrar.

Dale a escoger cuál ojo cegarás primero: por donde veía con lujuria a nuestras mujeres en manos de su tropa o por donde veía con pasión a su mujer en el lecho.

Corta la pierna izquierda bajo la rodilla.

Apenas caiga, haz lo mismo con la otra porque el dolor será tanto que en poco tiempo la vida terminará por abandonarlo.

Entonces ofrécele tu compasión, pídele que grite para acabar con su tormento, para que su cabeza deje su cuerpo.

Pero no lo cumplas.



No.

Ahora rompe el párpado del ojo entero, para que te observe hasta el último momento y conserve tu imagen.

Finalmente, recoge los desechos de Agag, dáselos a las aves de rapiña y vete a casa, Saúl.

Nunca más nos volveremos a ver, hasta que mueras y desaparezca este sarpullido.



Dos polos

2a Samuel

Siempre será complicado entender a mi padre, algunas veces está de buenas y en un instante se transforma sin razón aparente, como si un mal espíritu se apoderara de él.

Cuando eso sucede su voz se hace suave y dulce como la nota de una flauta pero su corazón deviene hosco y amargo.

Entonces tiene una mirada tan intensa que si pudiera penetrar tu cabeza terminaría doliéndote.

Por mucho tiempo buscamos formas de remediar esos cambios. Los sacerdotes intentaron mil trucos para expulsarle esos espíritus y alejarlos de nuestro Señor, pero debían encontrar el momento de solicitarle su venia porque para realizarlos se requiere el consentimiento del rey.

Y él es el rey.

Mientras su espíritu navega en barcas azotadas por los vientos de la ira que forma borrascas desde el oriente y el vaho de la desconfianza avanza poderoso por el contrario, no nos queda más que traerle tocadores de laúd, cítara y timbales para aplacarlo, bajo el riesgo de que los atraviese con su espada o con una lanza.



A veces es uno y a veces es otro.

El primero se ganó el amor del pueblo en tantas luchas y conquistas, el segundo mató a los sacerdotes de Nob. Un día ataca con furia a sus enemigos, al siguiente llora sus acciones y reniega de ellas como si fueran obra de otro rey y no suyas. En ocasiones ni siquiera las reconoce y nos ve con desconfianza, como si intentáramos quitarle el poder. Desconfía hasta de su parentela.

Se necesita sabiduría y temple para gobernar a un pueblo como el nuestro.

Cada día vemos con tristeza que él ya no debería hacerlo, porque a veces es como otra persona y sus órdenes inquietan a las tropas.

Pero quién se atreverá a decirle eso al gran Saúl.



Seca

2a Samuel 6:23

No siempre fue así, a mí me desposó primero, me tuvo como su favorita y lo salvé de la furia de mi padre cuantas veces se necesitó.

Lo hice como un deber pero también como un deseo.

Era mi futuro y el de la casa de mi padre desde mucho antes de ser ungido como rey, pero habría de domesticar primero la voluntad de Yahvé.

Debió dejarme porque necesitaba esconderse de las largas lanzas de la insidia que lo seguían de cerca y cuando los sacerdotes anularon nuestro lazo, no tuve más opción que formar parte de un tratado comercial y político por el que mi padre ganó un poderoso aliado, mi nuevo esposo un rango de prestigio y yo una casa alejada de los peligros a los que ya estaba un poco acostumbrada.

Todo lo supuse como pruebas de Yahvé, pero las historias que viajaban con los mercaderes sobre sus andanzas me turbaban cada vez más. ¿Debí ponerme contra mi padre para que él obtuviera otras esposas y concubinas?

Cuando me rescató de la casa de Palti creí que, siendo la mayor, retomaría mi puesto como la esposa favorita.



Lejos estaba de lograrlo: en público recibía afecto y deferencias pero en privado me mantenía seca, sin visitarme de noche. Me aventajaban las más jóvenes.

Lo entendí el día que lo observé desde mi ventana bailando disparatadamente frente a la carretera donde transportaban el Arca: él sólo vivía para su público, todo lo que sucediera en privado era insignificante si no se reflejaba en mayor reconocimiento y gloria.

También comprendí aquellas palabras que me dijo una tarde en nuestra tienda, mientras el sol iba a descansar y nosotros nos acurrucábamos entre las pieles.

“Si sucediera de nuevo, seguramente no enfrentaría a aquel gigante filisteo, entonces era un joven insensato.”



Espía

2a Samuel 17

He ayudado y evitado tantas cosas desde las esquinas de palacio, que ahora ha llegado mi tiempo.

Como vigía de la torre Cedrón, pude ver primero al pueblo abandonando la ciudad con rumbo al desierto.

Marchaba cabizbajo y asustado. Desde ese mismo punto los divisé cargando el Arca. Fue insensato siquiera pensar en llevársela.

Era una carga demasiado ostentosa para quienes buscaban precisamente lo contrario: debían evaporarse en mitad del desierto y esconderse del furibundo hijo de un rey que poco a poco perdía su poder más allá de las murallas del palacio.

Aunque era peligroso mantenerme en el puesto si antes tuve cualquier grado de responsabilidad, el premio bien valía la pena.

Desde aquí observé a los dos jóvenes sacerdotes huir vestidos con la opacidad y dispuestos a avisar de los planes de Absalón.

Sabía que eran ellos porque yo mismo les indiqué la vía segura para salir por entre los guardias leales y los comprados.



Todavía estaban al alcance de un buen arquero cuando ya sonaban las monedas en mi bolsa. Ahí mismo debía decidir la forma de gastarlas sin despertar sospechas.

Para esos menesteres siempre le pedía consejo al prudente Ajitófel, pero ahora eso era imposible, sus sandalias aún estarían tibias y su cuerpo oscilaría de la sogá que tomé de la bodega de la torre para completar la primera parte de mi paga.

La tentación de verter sus talegas fue mucha, pero para fingir un suicidio su casa y sus tesoros debían mantenerse en su lugar.

Ya me ganaría un premio adecuado cuando regresara triunfante el rey ungido por Samuel y encontrara cada una de sus órdenes cumplidas a cabalidad.

Bajo juramento de silencio absoluto se pueden urdir tantas cosas en las esquinas y recámaras de palacio.

Y hay tantas más que se pueden hacer.



Arribista

2a Samuel 11

Sabes que no me gusta hablar mal de la gente, pero esa mujer siempre fue una arribista.

Te cuento: primero sus padres trataron de casarla con Burak, hijo de Esás, un comerciante de camellos muy trabajador.

Ella bien podía complacerse con Burak como marido: tendría una mejor vida que con sus padres, sirvientes de una pequeña casa de comerciantes de ovejas.

Pero ella no se veía pasando años entre animales, viajes interminables y poco dinero: los hermanos de Burak también tenían parte del negocio.

Eran demasiadas manos.

No me consta, pero se rumora que tras ese fracaso, sus padres buscaron un acuerdo con Saquías, depositario de las ofrendas del Templo.

La verdad es que ella era bonita y no tendrían problemas para arreglar la unión. Él tenía un empleo estable, respetado y con buena paga pero tampoco vio muchas expectativas porque Saquías no era levita, sino benjaminita y podría subir poco en el escalafón.

Dicen que ella y su madre estaban en las puertas de Templo observando a quienes realizarían sus holocaustos



cuando conoció a Urías, el hitita, y descubrió las bondades del ejército de Joab: reconocimiento social, un sueldo atractivo y tiempo libre para disfrutarlo mientras su marido estaba en guerra.

Pero no era suficiente, necesitaba más.

Quería un general por esposo, más sirvientes a su disposición y codearse con la realeza.

Entonces le pidió a su marido que comprara una casa cerca del palacio. Él la complació a pesar de la gran deuda que contrajo.

Fue por la época en que se dejó su larga cabellera y la limpiaba cada tercer día en la terraza.

Desde ahí, Betsabé podía ver al rey David y él a ella.

Lo demás, su viudez y los rumores sobre el hijo que le dejó Urías, seguro los escuchaste en la calle.



¡Absalón! ¡Absalón!

2a Samuel 12

Desde el cenit, aproximadamente, hasta la puesta del sol, permanecieron sentados, aquella pesada y sofocante tarde.

Nada podían hacer ya para recuperar al pequeño muerto, ese niño a quien él imaginó tantas veces presidiendo el reino desde un trono heredado por su sangre y por su decisión.

Él lo acompañaría en su crecimiento para hacerlo a su imagen, hasta volverse parte de él cuando ya no estuviera vivo y lo conocieran no sólo por su nombre, sino por su estirpe, por ser hijo de David.

Ella, en cambio, lo recordaba saliendo dolorosamente de sus adentros, convirtiéndose en una parte suya que se movía, respiraba, reía y lloraba por su cuenta, pero que nunca dejaría de ser ella misma, ella y él.

Ahora no era ni ella ni él ni nada.

Los otros hijos y mujeres del rey compartían el dolor de ambos, lloraban a su lado, dormían en la tierra y se llenaban el cabello de ceniza porque sabían que el pequeño tenía los favores de su padre, desplazando a otros mayores, fuertes y rápidos con la espada y la palabra.

Sentados al borde del lecho, uno junto al otro, David y Betsabé intentaba recuperar algo de los setecientos días



que lo tuvieron con ellos, también necesitaban entender los últimos siete porque todo sucedió demasiado rápido.

Demasiado.

El misterio parece no serlo para el resto de la gente, que a veces en voz baja y otras veces más fuerte nombra a quien más se beneficia de su muerte, aunque nunca lo harían frente a él o su padre.

Murmuran su nombre en la calle como si fuera un conjuro y mencionar su nombre los mantuviera lejos de su poder porque muy probablemente reinará tras la muerte de su padre, mientras no aparezca otro niño que se le interponga.



Venganza atrasada

2a Samuel 13

Ammón no quería hacer el viaje, tenía miedo.

Me lo dijo una de sus esclavas cuando lo sacaron de la tienda, pero mi hermano insistió tanto a su padre.

Disfrazada, seguí de lejos su pequeña caravana. Estaba ya tan distante como para evitar cualquier contacto con los pocos sirvientes de su escolta.

Debió viajar tres días desde su ciudad hasta este lugar donde mi hermano reúne cada año a las ovejas y éstas balan sin cesar por varios días.

Él ocupa a todos sus hombres para el esquila, algunos usan el cuchillo y otros evitan la muerte de las ovejas por los cortes de las navajas durante el día o por los cortes de los dientes de los leones por la noche.

Para no causar problemas, les pidió ir con pocos acompañantes. No los necesitaban: el pan y la miel cubrían las mesas gracias a la generosidad de Absalón, dueño de todo cuanto abarcaba la vista.

El vino también abundó.

Mi hermano me permitió ver cómo las copas rebosantes nublaron la vista y juicio de Ammón.



Cuando ordenó retirarse a todos los sirvientes de la tienda donde se reunían los invitados, estuvo conforme.

Antes del amanecer, el cansancio lo tendió en un rincón y lo sacaron a hurtadillas para evitar a sus sirvientes.

Al despertar en mi tienda, la daga ya estaba en mi mano. Sólo entonces me descubrí tras el disfraz.

Pidió perdón por deshonrarme años antes, repudiarme aquella misma noche, ordenar mi expulsión de su casa y reír de mi destino.

Ya nada lo podía salvar.

Sacaron su cuerpo y ahora va de regreso.

No podrán decir que lo mató una mujer y culpará a mi hermano Absalón, buscando mantener su honra.

Fue su deseo final y quizá sea bueno respetarlo. Se podría volver una tradición.



Premio

2a Samuel 16:21-23

La conozco desde joven, cuando la llevaron al palacio para acostarse con el rey cada nueve días.

Entonces se veía tan frágil. Se asustaba pensando en lo que vendría y yo me encargaba de ayudarle lo mejor que podía.

Caminamos tantas veces por los pasillos hacia la gran habitación donde ella dormía junto a las otras concubinas de David.

Entonces la escoltaba con placer porque había momentos para platicar y conocerla mejor.

Ella me lo agradecía, sonriente, hasta que llegábamos a la puerta de esos aposentos prohibidos.

A partir de ese instante me ignoraba, levantaba la mirada y el pecho antes de ordenarme que la dejara sola.

El hijo del rey es sabio. Y astuto. Sabía de mi debilidad hacia ella y me prometió que la tendría para mí durante el tiempo que lo deseara. El único requisito era serle fiel, más que al rey.

Ahora que la veo sentada al borde de la cama, escudriñando las caras para descubrir quién es su nuevo dueño, la imagino en su primer día en palacio, con un



temblor que excitaba al rey de la misma forma que ahora lo hace conmigo.

Desde que huyó David, su hijo colocó una tienda con un gran lecho a mitad de la ciudad.

Ahí, sin paredes ni cortinas de lino, cada uno de sus fieles tomaremos a la mujer que deseamos de entre las concubinas que no pudo llevarse su padre y lo haremos públicamente para que no puedan hacer más que seguirnos a casa, obedecer amablemente y confundir la estirpe del rey huido con la de su pueblo.

Así perderá ese poder que recibió directamente de manos de Yahvé.

Veo que espera angustiada su turno.

Y yo espero el mío para tomarla y volverme también parte de la familia de nuevo rey de Israel.



Desesperación

2a Samuel 21

Hace casi mil días que los ríos olvidaron mojar nuestros labios y el ganado pelea las hierbas claras que les permiten pasar una noche más.

Los campos huelen a hambre, las nubes dejaron los caminos que pasan por Israel y las bayas deben rendirse ante el vaho del sol.

Desde hace mil días nuestras ropas sirven para unión y mortaja.

El rey, en cambio, intenta aplacar a Yahvé con enormes holocaustos donde la grasa se quema y la carne alimenta a los gordos levitas.

Hay poca carne y esta se va con Yahvé, poca agua y se va en cobán, poco entusiasmo y se refugia en la comisura de los labios para perderse tan rápido como llegó. Cada holocausto levanta plegarias, ilusiones y olores pero nada más.

Hace poco el rey comenzó a tener hambre como nosotros.

Entonces intenta comprar alimentos a Faraón pero faltan siclos de oro y plata. Además, Faraón tiene su propia sequía y dioses por alimentar.



Sólo los gabaonitas tienen animales pero nuestra deuda es tan grande como la sangre que vive en ellos.

Ellos saben que el precio aumenta con la carestía.

Exigen siete de los hijos de David para volverlos sus esclavos siete años antes de despeñarlos en su gruta.

El rey necesita comer. Les ofrece siete hijas por cada varón que le piden.

Se ofenden. Saben que un hombre vale setenta mujeres y el rey no tiene suficientes hijas.

Pero tiene hambre.

Aceptan cinco hijos y ciento veinte hijas.

Tras siete años los despeñan. Tardan un día entero. Algunas mujeres buscan llevarse con ellos a sus hijos pero no pueden.

Así, ellos vengán la afrenta de Saúl, acostándose con sus hijas, matando a sus hijos, creciendo como pueblo y tomando la heredad de Yahvé.

El rey nada puede hacer, además de comer.



Calorcito

1a Reyes 1:1-41

Mi madre dijo que esto era el sueño de toda mujer: vivir en un palacio rodeada de sirvientes, acostarme cada noche con el rey y darle calor a su cuerpo con el mío.

Pero apenas si puedo espantar el frío a una piel hosca y endeble. Me esfuerzo, lo abrazo con miedo de dañarlo, lo aprieto suavemente como se aprieta el fruto maduro de la higuera, cuidando no moverlo mucho.

El rey me lo agradece.

Recostado a mi lado sonrío levemente, tal parece que ya hubiese olvidado lo que es eso. Envuelto en pieles y en mis manos, me muestra sus cortos dientes como no lo hace el resto del día, cuando los consejeros rodean su trono.

Entonces él me cuenta, resignado, cómo esos consejeros conspiran por hacerse con parte de un poder que ahora debe repartir porque sus hombros ya no son los mismos que empuñaron la espada en tantas batallas.

Entonces lo aprieto con menos fuerza y él sonrío de nuevo.

Me dice lo que me dice porque sabe lo que soy: una joven que desde hace meses calienta su cuerpo.



Ni esposa ni concubina ni nada, sólo una piel más protegiendo su cuerpo, aunque conmigo sí puede platicar.

Cuando llegué, hace un año, lloré. Nunca antes salí del grupo de tiendas donde preparaba de comer para mi padre y mis hermanos. Una vez intentamos el viaje a Guijón para ofrecer un holocausto, pero debimos olvidarlo porque necesitábamos cuidar de los campos y no podíamos pagar a otro ese trabajo, debíamos hacerlo nosotros. Nos conformamos con las ofrendas locales.

Un día llegaron los enviados del rey. Mi padre los invitó a comer lo poco que teníamos.

Ellos vieron parte de mí mientras separaba el grano y decidieron que podría darle calor al rey.

Así llegué, así seguiré.



Diplomacia

1a Reyes 11

Mirad cómo en la zona norte de la ciudad se multiplicaban las delegaciones ismaelitas. Ahí también Faraón mantiene bien cebados a sus espías disfrazados de comerciantes.

Lo sabemos bien, pero mi señor ha dispuesto que se les proteja y alimente de otra forma, con informes falsos, con infinitas propuestas de acuerdos, con oro, con vestidos.

También usamos mujeres ataviadas como las concubinas del rey pero que él nunca tocó porque conocía el verdadero propósito de su trabajo y de su indumentaria: controlar a los espías e introducirlos a la casa de Salomón.

Algunas traspasan las puertas de las habitaciones privadas del rey para disipar cualquier duda al engañado. No pasan de esa primera sala, donde entregan sus detallados informes y reciben instrucciones.

Mirad hacia la zona del ocaso.

Es la más fortificada, cercana a las fronteras del mar, con amplias planicies ideales para el comercio de cedro y cebada, pero también para el arribo de un gran ejército.

Mirad donde está el lugar más alto de la ciudad, hacia el este, desde donde vigilamos el Reino.

Ahí hacemos holocaustos tanto a Yahvé como a Quemós, Milcóm y Astarté para mantener cercanos a



tantos pueblos que conocen bien de nuestras riquezas y las apetecen para recubrir con ellas sus templos, sus cuerpos y sus corazones.

Los complacemos colocando los escudos de sus ejércitos en la gran sala de caoba, hechos a martillo con seiscientos siclos de oro.

Así se creen venerados cuando en realidad los abominamos y utilizamos a voluntad.

Mirad hacia el sur.

Es la zona más bella, donde habitarán por siempre los hijos de Israel.

Esa separación de nuestro rey evita que estos pueblos se vuelvan el mismo y ninguno.

Gobernar el reino que le dejó David siempre será difícil.

Esperemos que su heredero sea igualmente sabio.

Esperemos.



A las puertas

1a Reyes 14

Aún agazapada bajo un tímido árbol, sus ojos duros por la vejez no tardaron en dar conmigo.

Montando un asno, el viejo profeta siguió mis pasos hasta las puertas de Silo, donde he dormido siete días y llorado siete noches, acurrucada junto al cuerpo cada vez más flácido de Abías, mi unigénito.

¿Quién entiende a Yahvé, sus designios, sus torturas?

El pequeño vivirá tranquilo en Egipto, creciendo con los hijos de Faraón, con la única preocupación de elegir cuáles juegos practicarían al día siguiente, si podría manejar el arco largo o conducir la carroza de combate.

En cambio, un mal día Yahvé se apareció para ofrecerle el reino de Israel a Jeroboam y desde entonces el pequeño sustituyó sus juegos por lecciones que lo prepararon para tomar el mando de un reino lejano y desconocido.

Cada mañana, sentada bajo el mismo árbol, veo evaporarse a mi hijo igual al rocío sobre mis ropas o las lágrimas entre sus pequeños dedos moviéndose de noche hasta tocar mi rostro. Al alba se pudre su rubor nocturno y su ánimo.

Yahvé reprocha a nuestros sacerdotes y cipos, sí, pero las tribus crecen como las espinas de una zarza y los



levitas aumentan sus exigencias para ejercer el puesto. Se conocen únicos y piden sinecuras, esconden los efod, intentan que subamos a Jerusalén y paguemos tributos al ejército de Judá.

Mientras, las tribus necesitan algo digno junto al holocausto para competir con el templo de Salomón.

¿Qué culpa tiene Abías?

Aquí seguiré aguantando las miradas sin entrar a Silo para evitar la profecía del viejo ciego, que viene acompañado de siervos para obligarme a traspasar las puertas y cumplir su profecía.

Nada nos moverá.

Seguiré enfrentando la ira de Yahvé mientras mi unigénito no se acueste con los padres de sus padres.



Tus actos volverán

1a Reyes 15:27-30

¿Tú también, Basá?

A ti que te otorgué el mando de mis mejores hombres.

A ti que te traje como comandante de los mejores israelitas para asediar a los enemigos que saben luchar con honor.

A ti que comiste en mi mesa los manjares del rey y bebiste de mi copa el mejor vino de Israel.

A ti que te protegí a pesar de la profecía de tu padre sobre mi padre y mi hermano.

A ti que te permití acostar a tu padre en la misma tierra de los míos, reyes por derecho y por mandato.

Ahora, demasiado tarde, descubro que la profecía era una farsa, que Ajías y la casa de Isacar lo planearon largo tiempo tras las murallas de la ciudad que juraste proteger.

Ahora, demasiado tarde, veo que lo hicieron junto con los enemigos que se esconden entre los escudos de los hombres en Silo y las faldas de las mujeres en Judá.

Escucha las palabras del hombre al que traicionaste: pagarás tu obra y cada acto se doblará mil veces.



Piensa en mil muertos por cada muerto mío, mil traiciones como la tuya.

Mil lágrimas por cada una que derramen mis dolientes.

Tú también, Basá.

No sé cuándo, pero habrá un momento en tu vida cuando entiendas mis sentimientos este día, comprendas la razón por la cual hasta la leche y la miel hoy me parecen amargas, sepas cómo el rencor llena los espacios a mi vista y asumo tarde otra de las reglas escritas para los reyes en esta tierra: cuando ganamos el reino lo perdemos todo, a veces hasta la vida.

Quizá debemos dejar por un tiempo de ser reyes y volvernos esclavos para entender nuestro destino viéndonos en el otro, el sojuzgado.

O quizá ni entonces lo entenderemos bien.



Delirios

1a Reyes 17-18

Es difícil vivir tanto tiempo en penumbras.

Aunque la cueva que compartimos es amplia y acogedora, es tan fría que debemos cubrirnos con pieles en la noche y protegernos de las frescas paredes siempre sudadas de agua oscura.

Pasamos el día conversando en grupos distribuidos en la caverna y cumplimos lo mejor posible con los ritos sagrados para los que nos prepararon, causa de nuestra actual situación.

Los temores y afrentas han marcado nuestra devoción y agradecimiento.

Nadie sale, ni siquiera Elías.

Cada tres días uno de nosotros, nunca el mismo, nunca a la misma hora, recoge las provisiones que nos envían a hurtadillas, siempre desde una población distinta.

El agua para nuestras necesidades y para los rituales sagrados la obtenemos de un profundo pozo al fondo de la cueva.

En las madrugadas, cuando el silencio posee nuestras almas y cuerpos, se escucha cómo el agua corre bajo nuestras improvisadas camas y me recuerda otros tiempos,



caminando en paz por las tardes a la orilla del Jordán o realizando los preparativos para el holocausto.

Nada de eso podemos hacer ahora, permanecemos dentro de la cueva. La verdadera prueba ha sido no perder la razón.

Elías parece ser el más afectado.

Ya no le permitimos salir: ve cuervos con carne nueva en el pico, ve maná cayendo del cielo y profiere unos gritos que nos ponen en peligro.

Habla de su mujer y su hijo sentados a la entrada de Sarepta, esperándolo con un pan en la mano y un jarro de agua fresca a sus pies.

Sólo nos queda seguirle su fantasía sobre sus luchas contra los sacerdotes de Baal y la plática diaria con Yahvé.

Siempre tuvo delirios de grandeza, pero este encierro es demasiado para él.

Tendremos que dejarlo a su suerte en el torrente de Kerit.



Secuestro

2a Reyes 2

Lo cuidamos por semanas.

Nunca su sombra fue mayor a la distancia que lo separaba de alguno de nosotros. Así de cerca nos mantuvimos.

Las amenazas eran constantes y creíbles, pero él no estaba dispuesto a cambiar. De noche, cuando nos acostábamos a la vera del camino y cualquier ruido asustaba al vigía en turno, él se tendía a su lado y le tranquilizaba con su voz, tan especial.

Era como el ala de un mosquito: transparente y sólida.

Repetía hasta cansarme que todo estaba en manos de Yahvé: Si lo desea, seguiré aquí. Si no, entonces habrá llegado el tiempo de acostarme con mis padres.

A pesar de sus palabras y su aparente tranquilidad, estábamos seguros de la presencia constante de otros hombres.

Los veíamos en los caminos que nos llevaban de un sitio a otro, bajo las murallas de cada ciudad a donde viajábamos, en las plazas que elegía para profetizar y donde la gente le pedía todo tipo de consejo, en los albergues donde intentábamos hacer una pausa en el peregrinaje y otro se adelantaba a invitarnos a su morada, en los mercados donde comprábamos nuestros alimentos.



Ya antes el rey envió gente para apresarlo, pero el clamor del pueblo lo obligó a dejarle. Sin embargo, es el rey y sabemos que nadie cuestiona su voluntad sin recibir castigo.

Procuramos viajar acompañados para darles menos oportunidades, pero era inevitable: pardeando, un día salieron tras un recodo en el camino hombres pertrechados.

No eran asaltantes aunque aparentaban serlo. Se llevaron a Elías en vilo, rápido, sin miramientos.

Antes de correr la voz, ellos ya habían inventado esa historia del majestuoso carruaje de fuego. De alguna forma debían justificar su desaparición.

Hay que admitirlo, aprovecharon la fama de Elías y lo hicieron muy bien.

A nosotros nadie nos creyó.



Milagro

2a Reyes 4:42

Con el hambre en las manos, los hombres piden ayuda a lo largo del camino, la que sea su voluntad.

Más de cien profetas permanecen sentados según sus tribus y solicitan apoyo a gente que tiene sus propias angustias para llevar algo a sus mesas.

Con tanta hambre en el país apenas si les alcanza para no morir hoy o mañana.

Desde la puerta de mi casa veo cómo los hombres piden con mayor insistencia, a veces con desesperación.

Si por ventura alguna mujer tiene la oportunidad de darle un trozo de pan a un solicitante, el resto de los profetas se alinea de inmediato a uno de los dos grupos: uno intenta hacerse al menos de un fragmento del pan que recibió el agraciado. El otro encara a la mujer y le exige el resto del pan.

Todo el tiempo se empujan y pelean porque ya no traen ese pequeño morral de reserva que antes cargaban. Se descubrieron entre ellos cuando los reunió Eliseo y repartió las primicias que le llevó un temeroso hombre de Baal Salisa: veinte panes de cebada y grano fresco en espiga para hacer harina.

Cuando lo comenzaron a repartir entre los profetas, poco a poco algunos sacaron de entre sus ropas esos



pequeños morrales para completar la comida a escondidas. Emplearon su reserva y al final hasta dejaron de sobra.

No sucederá de nuevo.

Ahora se revisan entre ellos por si alguno esconde un mendrugo y se lo arrebatan.

Han aprendido del egoísmo del vecino que se dice hombre bueno y profeta.

Ya no es posible que se repita el milagro de repartir poca comida para saciar a cien hombres.

Si eso hacen los hombres santos cuando el hambre los sitia y circunda sus pensamientos ¿qué se puede esperar del resto de nosotros?



Reina, nunca

2a Reyes 11

Una mujer no debe gobernar. Nunca.

Así sea Atalía, madre del príncipe Ocozías, una mujer no tiene derecho al trono.

Así sea Yehosebá, hija del rey Jotram. Tampoco conoce lo suficiente como para tomar el mando de un pueblo, por pequeño que éste sea.

Una mujer no puede aspirar a realizar actos mayores a sus fuerzas ¿cómo puede pensar en controlar una nación si no puede controlar su propio cuerpo?

¿Cómo osaría ir delante de Israel y tomar la pesada espada para guiarlo en la guerra, si nunca ha ejercitado el brazo ni tiene el juicio para saber cuándo levantarla y cuándo mantenerla baja?

Una mujer tiene otras obligaciones, más simples y privadas, acordes a su condición, que debe cumplir con rigor y humildad: su trabajo apenas si llega a procrear y proteger la estirpe de su familia, educarla desde su limitada capacidad para comprender las urdimbres que se tejen siempre alrededor del trono, la diadema y el testimonio que algún día lo consagrarán y delimitarán como rey, nunca como reina.

Pero no puede hacer mucho más.



Una mujer valiosa, si tiene un rango todavía menor, acaso favorita o confidente de un funcionario importante, entenderá que su presencia será sutil, como la neblina matutina que apenas esconde el contorno de pueblos y montañas pero no los opaca, al contrario, los enmarca para lucirse mejor.

Una mujer no tiene más atributos de liderazgo que su propia condición de mujer. No realiza pactos ni mueve tropas u organiza traiciones al rey en turno, aun cuando ese mismo gobernante alcanzara el poder por las mismas artes.

Una mujer tampoco ordena la muerte de algún rival o tumba un altar pagano porque carece del valor necesario.

Lo único trascendente que ha hecho una mujer fue empujarnos a todos muy lejos del paraíso.



Sin fe no hay victoria

2a Reyes 15:29-36

A Iyyónm le siguieron Jazor y Galaad.

Ahora los asirios vienen sobre Galilea y el rey no tiene ni idea de cómo detenerlos. Tampoco parece importarle.

Primero buscó el combate frontal con un ejército mal armado y peor entrenado, lleno de reclutas forzados a pelear.

Puso a su hijo al frente de la columna de refuerzo para mostrarlo como un gran guerrero y cuando debió enviarlos al combate prefirió dejarlos a su suerte sin entender que la suerte de ellos siempre estará ligada a la suya.

Luego quiso emplear el soborno. Al final perdió el oro, los caballos y también perdió Cadés.

Cada vez que lo derrotan y cae una ciudad, se encierra en su tienda con los más cercanos a su corazón.

Ahí, sentado en su maltrecho trono dorado de campaña, imparte cientos de órdenes difíciles de comprender y más aún de cumplir; humilla y degrada al primer comandante que tiene al frente; amenaza con tomar la espada para reprimir al general que tomó una decisión que no se le ordenó previamente aunque al final fuese acertada. Cuando termina, abre un enorme odre y lo vacía esa misma noche.



Algo va a pasar.

Desde la absurda lucha por Galaad, cada comandante se dedica a cuidar de su gente, la compromete lo menos posible porque a ellos se debe, con ellos convive y sólo en ellos puede confiar.

Sus más cercanos, en cambio, lanzan escaramuzas con una copa en la mano y un látigo en la otra, se escudan en su rango y no se atreven a mostrarse frente a la tropa para reanimarla tras la derrota. En cambio, dedican la tarde a planear sus negocios para cuando ya estén en casa.

Algo va a pasar.

El puesto de soldado es efímero, como el de rey.



Equivocado

2a Reyes 22

Nunca antes vi así a mi señor Josías.

Tiene semanas asustado, sus manos están siempre mojadas por las lágrimas, el sudor y las gotas de agua con las que trata de eliminar ese calor que le rodea el cuello apenas se pone el sol.

Ayer, los consejeros reales salieron cabizbajos y los gritos de mi señor traspasaban los dorados escudos de la sala de armas, pero las cuentas del tesorero no dejan dudas: las deudas han crecido con las últimas guerras y el tesoro de Salomón se extingue rápidamente.

Lo veo caminar por los pasillos en penumbras, habla en voz baja y pelea con las palabras que apenas un instante antes abandonaron su mente y sus labios.

Los generales, hombres maduros, mantuvieron la maquinaria en funcionamiento desde que tomó el trono, a los ocho años, y han acumulado dinero, fama y poder.

También tienen amigos fuera del reino en caso de un desastre en Israel.

El rey, en cambio, nada tiene más allá de su juventud, su cetro, su palacio y su abolengo.

Su única oportunidad es dejar pasar el tiempo.



Ahora busca comprarlo.

Apenas ayer ordenó emplear todo el oro y la plata restante para reparar el Templo y apoyarse en el eterno orgullo de su pueblo.

Dicen que el plan asustó a los consejeros.

Pero él busca tiempo, lo necesita, debe pactar con los pueblos enemigos antes de que caiga su reino.

Además, es muy joven para tener hijas a quienes casar con los reyes vecinos.

Todo lo que puede hacer es reunir al pueblo,

desterrar los ídolos falsos,

regresar a Yahvé,

aferrarse a glorias pasadas,

revivir historias sobre profecías que han de cumplirse al final de los tiempos,

reunir un ejército improvisado al que pagará con promesas,

esperar que el tiempo lo arregle todo,

y orar.



Desaparecer

1a Crónicas 2-3

No la quiero.

Nunca la he querido.

Jamás la querré.

Pero es mi mujer y me espera en el lecho cada noche cuando no es impura.

Mi hermano Er la adoraba, le cumplía sus deseos.

Ella lo sabía, le gustaba presionarlo como buscando conocer cuál era su límite.

Sus exigencias llevaron a mi hermano a pelear con mi padre y el padre de mi padre.

Ellos buscaron convencerlo de seguir la ley.

Así fue Er hasta que amaneció muerto en el campo, rodeado de su hato de carneros.

Entonces ella lloró por días enteros, se cubrió de cenizas e hizo ayuno en penitencia por ocho meses.

Cuando terminó el duelo exigió se cumpliera la ley y mi padre me casó con ella.



No la quiero, nunca la he querido y jamás la querré.
Cada noche me espera en el lecho.
Yo intento cumplir la ley pero ella gime
y llora
y recuerda a mi hermano
y lo nombra
y lo pide a su lado
y me toma del cuello
y me grita porque no soy él
y le pego porque no soy él
y cumplo con la ley pero no termino como ella espera
y me ayudo
y caigo exhausto.
Entonces ella me muerde
y me dice como seguramente hacía con mi hermano
porque le digo que no soy él
nunca lo seré



y que mis hijos serán míos
y la tomo del cuello para que vea mi simiente
derramada sobre el piso
y ella clama por sus hijos
y comienza a recuperarla
y la toma con la mano
y busca cumplir con la ley ella sola
y cuando la veo hincada, llorosa, deseo cumplir la ley
y cubrirla
pero me resisto porque si lo hago, me volvería Er
y entonces desaparecería Onán, hijo de Judá, hijo de
Jacob.



Todo por su mayor gloria

1a Crónicas

“Somos un pueblo pobre que se conforma con poco”.

Escuchó la frase por primera vez de boca de un profeta una mañana que acompañó a sus padres a ofrecer un holocausto, cuatro meses tras el nacimiento de su sexto hermano.

A partir de entonces, observó cómo se le aparecía una y otra vez, primero rondando los rebaños escuálidos que debía cuidar por una mala paga, después en los ropajes remendados y descoloridos de sus padres; finalmente, en los pozos de agua semisecos, en los jefes de cien que enviaban a sus hombres a recuperar las flechas tras la batalla y en los descuartizadores de caballos que deambulaban por las noches acechando los caminos para robar a los hombres y para alimentarse de sus monturas teref.

Somos un pueblo pobre que se conforma con poco.

Ahora nuestro rey está juntando mucho oro en Jerusalén y la volverá una fortaleza para gloria de Yahvé.

Ahí están guardados los escudos de los servidores de Hadadézer junto a los tributos de filisteos, moabitas y arameos. Las telas finas y los pesados candelabros de plata se acumulan en enormes salas bien custodiadas por fuertes guardias levitas.



Ahí está todo el oro para la gloria de Yahvé junto al bronce que funden en los talleres para crear las columnas y los utensilios que necesitan para el sagrado holocausto.

Acá, en cambio, tras las paredes de Jerusalén, hasta las mulas corren peligro y cada uno debe custodiar su cuerpo, su tienda, sus animales y sus pertenencias.

No importa cuánto necesitemos para nosotros, nos conformaremos con muy poco: alimentos, una tienda, dos mudas de ropa y alguien que caliente nuestro lecho por las noches, el resto es superfluo.

El desaliento llega cuando escuchas a los sacerdotes afirmar que Yahvé no se conforma con poco.



Vómito

Isaías 2:2-4

Fueron días horribles, escupiendo sangre y sin oportunidad de recostarme porque el vómito me atacaba sin piedad.

Fueron días horribles, pero también por otras cosas.

Cada mañana, apenas llegaba el alba y entraba el primer aire tibio por entre las telas de la tienda, aparecían cientos de pequeños rostros, difusos por la poca luz.

Los veía danzando, girando en torno a mis pies, hablando un idioma que no conozco.

Cada vez subían más la voz, gritaban con todas sus fuerzas.

Algunos tenían cuerpo, otros no. Unos me miraban, otros parecían cubrirse con miedo.

De rato en rato ellos se alejaban de mis piernas y caminaban rápidamente, salían de la tienda y alcanzaba a ver cómo se reunían con otros, muchos más, que seguían el camino hacia una colina cercana que no reconocí nunca.

Caminaban deprisa y seguían gritando hasta entrar en una ciudad enorme y lejana, iluminada por sus techos de plata, sus puertas de oro y sus torres de bronce.



Estaba la ciudad encima de la nueva colina y flanqueada por miles de soldados del Señor que le alababan todo el tiempo.

Y alrededor de ella se escuchaban cánticos estruendosos como si fueran lamentos, mezclados con el balido de ovejas y corderos rumbo al holocausto, pero ellos morían fuera de la ciudad en la colina y su sangre se derramaba en ríos escarlatas que se fundían con el agua del río y ahí mismo bebían animales y personas como si fuera un acto natural.

Fueron días horribles, pero también por otras cosas.

Porque entiendo que recibí la vista de Yahvé y por alguna causa que desconozco me dejó un mensaje que debo difundir, para que el pueblo cambie sus alabanzas y entonces acaben las penurias de sus hijos y puedan entrar en la ciudad del Señor y alabarlo.



Deportados

2a Reyes 25

La columna de humo se ve desde el mar.

Negra, espesa, consume el oscuro cedro de las paredes y la grasa que se acumuló por años en las esquinas del templo.

No sube solo. Lo acompañan las lágrimas de las viudas, los gritos de los hombres desmembrados por los caballos, las súplicas de los levitas, las costuras de las telas desgarradas, el calor del acero quebrado, el brillo de las esquiras de plata y oro que saltaron tras el golpe de las lanzas, el zumo de las uvas que no alcanzaron a convertirse en vino y los pasos de asirios, caldeos, moabitas, egipcios y babilónicos danzando sobre pulidas piedras que pocos israelitas llegaron a ver o siquiera imaginar.

La columna se eleva. Conforme lo hace, se diluye, pierde su color negro y su forma de cirio hasta tornarse gris y semejar una gran pata de cerdo que intenta llegar al mar.

No lo hace.

Antes de que las piedras de los acantilados se vean ensombrecidas por un sol oculto tras la diferente nube, ésta termina de perderse de la misma forma que se perdieron tantas cosas en Jerusalén.



Fundidas, las columnas de bronce sólido también dejaron su huella en la tierra: bases cercenadas con mazo y fuego que salpican las losas del piso con trozos ocre que hieren el pie de quienes antes hirieron el lugar sagrado con su presencia, sus gritos de júbilo y la codicia que emanaba de sus ojos cuando se arrebataban los tazones y cuchillos de oro o plata y los envolvían en túnicas que tomaban de cuerpos sin vida por culpa del hambre durante el asedio o de una espada durante la última noche.

La columna de humo se desdibuja pero no desaparece, desde ese día el cielo tiene permanentemente un tono menos claro.



Los que nos quedamos

2a Reyes 24:14-17

Nos dejaron solos.

Ninguna ayuda, nadie a quién obedecer, a quién servirle o en quién apoyarnos en medio de la desgracia.

Ellos se fueron con el conquistador para servirles como garantía de nuestra sumisión pero no la tendrán porque no la merecen. Antes éramos pobres que servíamos al rey y llevábamos nuestras ofrendas al Templo.

En eso se nos consumía el día y las ganas.

Ahora, en cambio, sólo debemos pagar a un rey que se conforma con poco porque sabe que lo que recaude irá a dar lejos, a donde se fueron los ricos con sus carruajes, mujeres, eunucos, ropas, vinos, herreros, animales, utensilios y hasta sacerdotes.

Regresamos a lo que fuimos antes de vivir en Egipto, cuando nuestros rebaños eran escasos y vivíamos pidiendo a Yahvé que la sequía nunca llegara y la langosta pasara de largo.

Entonces éramos pobres y no despertábamos la ambición de otros reinos.

Sin imaginarlo, el mismo Salomón fue el culpable de la caída. Su lujo en el Templo despertó la ambición de los vecinos.



Nuestra soberbia y su codicia terminaron perdiéndonos. Después de todo, no era tan sabio, debió mantenernos a salvo aun a costa de su fama. Los que le siguieron tampoco corrigieron sus errores.

Vencimos a otros pueblos muchas veces pero sabíamos que una sola derrota basta para acabar con las victorias anteriores.

No importa el número de batallas, sólo importa la última.

Sabemos que Babilonia queda muy lejos, allá se llevaron a nuestros reyes y sacerdotes en columnas a las que no se les veía ni el principio ni el fin.

Hombres y mujeres lloraban su desventura mientras los eunucos manejaban sus carruajes y los sirvientes ordeñaban sus cabras o cebaban su ganado para la travesía.

Se los llevaron lejos, muy lejos.

Que allá sigan.



En sueños

Daniel 2

Nabucodonosor es un hombre fuerte, me dijo Daniel la primera vez que regresó tras podar los jardines de palacio.

Aunque estaba exhausto, me agradeció el esfuerzo que significó para la familia reunir el pago a Pasteres, el jefe de guardias, por ese trabajo.

Así, Daniel se convirtió en nuestra esperanza para salir de la esclavitud, aunque él se distraía en otros pensamientos: era feliz mientras daba forma a los árboles y sus retoños, quitaba cardos y sembraba en secreto una higuera para compartir sus frutos con Pasteres.

En casa, la familia lo veía disfrutar su suerte y desentenderse de nuestra desgracia. Cada mañana era el primero en marcharse y llegaba con el último color de la tarde, así no veía nuestro rostro ni la piel manchada al calor de los hornos de ladrillo. Ahí nos consumíamos mientras él repartía higos.

Ahora hablaba por primera vez sobre Nabucodonosor.

Me contó cómo disfrutaba caminar por los jardines acompañado de su séquito y en la época de flores descansaba bajo la sombra de dos naranjos.

Entonces dormía profundamente y sus guardias alejaban a cualquier intruso para proteger su mayor secreto: hablaba en sueños.



Conocedor de los jardines de Babilonia, Daniel sabía acercarse. Caldeos, fenicios, medos o escitas pagarían con su vida por tomar su lugar, empuñar la espada y acabar con el hombre que humilló a sus pueblos. Muchos hijos de Israel también.

Daniel razonó lo inútil de tal acto: los pueblos seguirían sometidos y la venganza prometía sufrimiento. En cambio, escuchar sus secretos, esos sueños que tiene y lo atormentan, puede ser más valioso que el golpe de una lanza.

Y Daniel escuchó lo que nadie más puede.

Nabucodonosor sueña y no le cuenta sus sueños a nadie pero pide que se los interpreten.

Daniel nos sacará de la pobreza.



Lastre

Jonás 1:15

Conozco a Samar desde la época en que su padre arreaba el ganado por las laderas de Nínive y yo veía con grande amor a su hermana Caraq llevarle el sustento hasta el campo.

Caraq era nívea y alta como las palmeras que rodeaban su casa, de andar suave y alegría en las manos.

Correspondido, busqué a Samar para preguntar el valor de su hermana. Él no respondió mis dudas, al contrario, dejó que el frío del norte empañara nuestra amistad aunque tampoco habló de eso con su padre o con su hermana: ambos mantuvieron su cercanía a mi madre y respetaban la tumba de mi padre.

Entonces la langosta acabó con muchas tierras para el ganado. Comenzó el hambre y la desolación nos alejó de los montes, acercándonos al mar.

Samar y yo debimos aprender a pescar y llevábamos lo posible a nuestras casas. Cada mañana aparecían más hombres débiles pidiendo un espacio en nuestro bote para buscar el pez que alejara la muerte de sus ojos.

Samar comenzó a cobrarles el espacio para abonar con hombres lo que el mar le negaba.



Con el sol aún apagado subimos diez pescadores al bote. Las redes colgaban de la borda junto a las esperanzas de cada uno y sus familias. Algunas fueron a despedirlos en la orilla.

En época de mala pesca la faena era corta pero la alargábamos para justificar el cobro y mantener sus esperanzas.

Luego Samar me empujó.

Cuando toqué el agua, él gritó al resto de los pescadores si deseaban mi suerte o seguirían sus órdenes.

Entonces el bote dejó de mecerse.

Con mucha suerte alcancé la orilla nadando.



E pur si muove

Job 26:7

No debería contarte esto, hijo mío, pero es mi deber que la verdad sobreviva.

Tampoco encontrarás esto escrito porque ha causado muchas penas. Se lo explicarás a tu hijo mayor sólo cuando estés en el lecho de muerte, como lo hago yo.

La primera vez se lo escuché a Bildad la noche que fue a consolar a Job por tanta desgracia junta.

Para fortuna de Job también fuimos Elifaz y yo. Nuestro testimonio sería de gran valor ante el rey.

Juntos, buscábamos que Job olvidara la muerte de sus hijos e hijas, el robo de todo su ganado y la quema de sus cosechas cuando perdió el favor del rey al recomendar como juez de diez a un astuto ladrón.

Bildad hablaba con la astucia de un león mientras Job permanecía cubierto de ceniza y ocultaba su rostro para que no le reconocieran cuando mendigaba por Us. Encorvado caminaba y encorvado seguía frente a nosotros.

Cuando Bildad dijo lo que dijo, Job vio el cielo detenerse y encontró la forma de recuperar sus posesiones y el favor del rey.

La tierra toda no puede colgar sobre la nada.



Pero Bildad lo dijo.

Job se lo preguntó y él, titubeante, lo sostuvo.

Yo me escandalicé.

Elifaz trató de suavizar las palabras de nuestro amigo.

Pero Job no quiso olvidar.

Se levantó del piso y limpió sus ropas, después se marchó para lavar la ceniza de su cabeza y vestir una nueva túnica antes de presentarse ante el rey para acusar a Bildad, su amigo, de blasfemia, de engañar al pueblo con falsas historias.

Elifaz y yo testificamos.

Bildad perdió todo, sus hijos fueron esclavos de Job, junto a su ganado y tierras.

Después quise saber más del asunto.

Bilbad tenía razón pero no lo divulgues, es peligroso.



Por qué soy profeta

Habacuc 2

Cada mañana pasa Tafir frente a mi ventana. Sé que viene acercándose porque el murmullo llega antes que su séquito e inunda los hogares de la estrecha calle donde vivo.

Lo veo con curiosidad: decenas de joyas adornan sus brazos, nariz y orejas; la ropa que porta brilla y ciega tanto la mirada como la razón; sus sirvientes apartan diligentemente cualquier obstáculo en su camino y anuncian su paso cual hijo del rey.

Cada mes, Tafir cambia de vestido para no usarlo de nuevo y reparte algunas monedas entre los indigentes aunque eso genere un tumulto a su paso que sus sirvientes deben contener.

Él simplemente sonrío y se deja halagar por los mendigos que se avientan unos a otros para quedar frente a su túnica e intentan besar sus sandalias.

Lo veo con lástima. Tanta caridad que podría mostrar se vuelve un ritual de simulada adoración hacia ese gran cuerpo protegido del sol por la sombra de dos enormes telas que cortan el camino de sus rayos.

Cada año, Tafir hace una fiesta para los hombres ricos de Judea donde invita a algunos pobres que sirven



con humildad a cambio de tomar para sí los restos del banquete.

Uno de mis vecinos asistió en una ocasión y a su regreso reunió a los demás para contar sobre las maravillas del evento y repartirles parte de los alimentos que pudo cargar de regreso.

En casa nadie tiene permiso de acercarse a Tafir, pedirle favores o escuchar las historias de quienes asisten a sus banquetes.

En un sueño Yahvé me ordenó acabar con su fama y fortuna.

No está bien que él despilfarre y mi familia pase penurias. Soy mejor persona que él: piadoso, honrado, temeroso del Señor.

Convertiré ese mensaje en palabra sagrada hasta arruinarlo.



Índice

Prólogo	9
Paraíso	17
Secretos familiares	19
Nadie lo engaña	21
Buenos negocios	23
Postrado	25
Archívese	27
Estrategia	29
Robo	31
Holocausto	33
Ingenuo	35
Eczema	37
Morir por la fama	39
Expiación	41
Dos polos	44
Seca	46
Espía	48
Arribista	50
¡Absalón! ¡Absalón!	52
Venganza atrasada	54
Premio	56
Desesperación	58
Calorcito	60
Diplomacia	62
A las puertas	64
Tus actos volverán	66
Delirios	68
Secuestro	70
Milagro	72
Reina, nunca	74
Sin fe no hay victoria	76



Equivocado	78
Desaparecer	80
Todo por su mayor gloria	83
Vómito	85
Deportados	87
Los que nos quedamos	89
En sueños	91
Lastre	93
<i>E pur si muove</i>	95
Por qué soy profeta	97





PEDRO JAIME DE ISLA MARTÍNEZ

Maestro en la Universidad de Monterrey, durante más de 25 años ha coordinado círculos de lectura y talleres literarios en distintas instituciones de la ciudad.

Obtuvo el Premio Nuevo León (2016), el Premio Internacional de Cuento Juan Rulfo de Radio Francia Internacional (2005); el Premio Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés (1992); el Premio Nacional de Narrativa Yoremito (1998) y el Premio Nacional de Cuento de la Universidad de Monterrey (1991).

Ha publicado los libros *Tuyo es el Reyno* (novela, 2017), *Los andamiajes del miedo* (novela, 2016); *María Asunción* (cuento, 2014); *El apóstata* (relato, 2012); *Papá se pegó un tiro hoy a las 6:52 de la mañana* (cuento, 2010); *Del Roble-Juárez, crónica de una ciudad* (crónica, 2010, 2a ed. 2014); *Todo hombre es como la luna* (cuento, 2001, 2a ed. 2014) y *Batichicos* (cuento, 1998, 2a ed. 2014), así como la pieza *Una profesión como cualquier otra* (teatro, 2014).



El apóstata o 300 palabras para cada historia de Pedro de Isla, terminó de diseñarse en abril de 2019. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Adrián Ruiz. Diseño editorial por Mónica Cantú Rojas.



